

El enigma de la docilidad

Teoría de la sociedad y psicoanálisis en

Th. W. Adorno

José A. Zamora
Instituto de Filosofía - CSIC

En muchos hombres decir yo es ya un descaro
Th. W. Adorno: *Minima moralia*

Una de las cuestiones fundamentales a las que se enfrentan los intelectuales vinculados a la tradición marxista europea en las dos décadas posteriores a la revolución rusa es la referida al fracaso o la inexistencia de intentos revolucionarios en los países económicamente más desarrollados de Europa occidental. Tanto el éxito revolucionario en Rusia como el fracaso en Alemania cuestionaban el economicismo dominante hasta entonces en dicha tradición y exigían tener en cuenta aspectos psicosociales atribuidos a la superestructura, pero cuya significación venía avalada por el curso de los acontecimientos políticos. Junto a las cuestiones que afectaban a la constitución de la conciencia de clase y su repercusión en el devenir histórico, también adquiriría importancia la cuestión de la relación entre la conciencia y su sustrato inconsciente, puesta sobre el tapete de la discusión filosófica por la filosofía de la vida y el pesimismo cultural cada vez más en boga, es decir, por corrientes de pensamiento que mistificaban las fuerzas irracionales como motor de la historia. Para todas las corrientes de pensamiento marxista Freud y el Psicoanálisis se convertirían en el punto de referencia para abordar ambas cuestiones.

Wolfgang Bonß ha distinguido tres líneas fundamentales de recepción del psicoanálisis en el pensamiento marxista: 1) la adaptación retórica de Freud por parte de los socialdemócratas, 2) el rígido distanciamiento por parte de los comunistas y 3) los intentos de síntesis por parte de los no ortodoxos.¹ La Teoría Crítica representa, sin duda, la aportación más relevante dentro de esta última línea de recepción.

Desde que Horkheimer asume la dirección del Instituto de Investigación Social en Frankfurt, el psicoanálisis se convierte en uno de los principales instrumentos de la renovación teórica exigida por el fracaso de la revolución en occidente. En el marco del programa de Materialismo Interdisciplinar en que se concreta dicha renovación adquieren

¹Cf. W. Bonß: «Psychoanalyse als Wissenschaft und Kritik. Zur Freudrezeption der Kritischen Theorie», en: W. Bonß y A. Honneth (eds.): *Sozialforschung als Kritik. Zum sozialwissenschaftlichen Potential der Kritische Theorie*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp 1982, p. 370.

especial relevancia los análisis psicológicos, que en la nueva situación han de contribuir a explicar la lealtad bastante generalizada de los dominados a pesar de la agudización manifiesta de las contradicciones económicas. Esta lealtad sólo es comprensible si «la acción de estratos numéricamente significativos no está determinada por el conocimiento, sino por un engranaje pulsional que falsea la conciencia».² La génesis de una conciencia de clase capaz de conocer y desentrañar la realidad contradictoria y las formas de dominación existentes está bloqueada e impedida por poderes irracionales y coactivos que consiguen mantener latentes los conflictos a los que empujan las mencionadas contradicciones.

El psicoanálisis se convierte así en la fuente principal de una psicología social cuya tarea debía consistir en palabras de E. Fromm —una figura clave de la primera etapa de la Teoría Crítica— en «comprender la estructura pulsional y la actitud libidinal de un grupo, en gran medida inconsciente, a partir de la estructura socio-económica»³. La violencia externa de los aparatos de poder o las construcciones ideológicas de la sociedad burguesa ya no bastaban para explicar la conformidad social de los sujetos oprimidos y dominados, resultaba necesario analizar las estructuras de carácter que favorecen la conformidad con el sistema. Para ello era preciso tener en cuenta que dichas estructuras se consolidan en el curso de la maduración individual a partir de disposiciones del comportamiento en el marco del desarrollo libidinal según las fases oral, anal y fálica establecidas por Freud. Estaba a la vista que la adaptación de la libido a la estructura económica a través de los mecanismos de represión y sublimación analizados por el psicoanálisis posee un efecto estabilizador. La racionalización funcional de los impulsos inconscientes contribuye a enmascarar las contradicciones sociales y a mantener las estructuras sociales de dominación.

Las estructuras familiares de socialización eran consideradas por los miembros del Instituto como la instancia mediadora entre las estructuras de dominación social, su evolución hacia formas autoritarias de Estado y monopolistas de capitalismo, por un lado, y las estructuras psíquicas, por otro. Los estudios empíricos emprendidos por el Instituto de Investigación Social en los años treinta, sobre todo los “Estudios sobre Autoridad y Familia”, buscaban una confirmación de las tesis de partida, algo que se vio dificultado no sólo por las difíciles condiciones de la investigación tras la subida al poder de los nacionalsocialistas, la consolidación en Europa de regímenes autoritarios, la derrota del movimiento obrero y la emigración a EE.UU., sino quizás también por las tensiones no resueltas entre la teoría global de la sociedad y las ciencias sociales de base empírica, entre la teoría crítica y la conciencia o los intereses emancipadores atribuidos al proletariado, entre la teoría crítica y la praxis revolucionaria. Si en los comienzos, la psicología social había sido integrada en el programa de materialismo interdisciplinar como complemento, como “ciencia auxiliar” de la economía política, la problematización creciente de la propia economía política por un oscurecimiento sin precedentes del horizonte histórico parecía desbaratar todos los intentos de síntesis con las aportaciones de las ciencias sociales positivas.

El distanciamiento de E. Fromm respecto a Horkheimer y el núcleo más estrecho de colaboradores del Instituto, su “revisión” de la teoría freudiana y la impetuosa reacción contra ella en dicho círculo, anuncia una forma de confrontación con el psicoanálisis, en la que Adorno será quien ponga los nuevos acentos. Esa confrontación está presidida por la

²M. Horkheimer: «Geschichte und Psychologie», en: *Zeitschrift für Sozialforschung* 1932, p. 135.

³E. Fromm: «Über Methode und Aufgabe einer analytischen Sozialpsychologie. Bemerkungen über Psychoanalyse und historischen Materialismus» (1932), en: *Gesamtausgabe in 10 Bänden*, ed. por R. Funk, Stuttgart: Deutsche Verlagsanstalt 1980/81, p. 42.

valoración, pero también por la crítica. Por un lado, Adorno sigue considerando que con el instrumental que el psicoanálisis pone a disposición de la teoría social es posible desarrollar una crítica de la cultura y de la sociedad en forma de una teoría de la subjetividad dañada. Sin embargo, esta posibilidad fracasa por razones objetivas. La psicología de los conflictos no llega a profundizar lo suficiente como para poder diagnosticar el sufrimiento actual, en el que se manifiesta la hegemonía objetiva de lo económico y lo social.

«Si fuera posible algo así como un psicoanálisis de la cultura prototípica hoy, si el predominio absoluto de la economía no se burlara de todo intento de explicar la situación a partir de la vida psíquica de sus víctimas y si los propios psicoanalistas no se hubiesen juramentado desde hace tiempo con dicha situación, una investigación tal debería mostrar que la enfermedad de nuestros días consiste precisamente en lo normal.»⁴

Incapaz de enfrentarse a dicha hegemonía de la totalidad social antagonica y de desentrañarla, el psicoanálisis termina declarando su acuerdo con lo existente tanto desde el punto de vista de la *teoría*, sacrificando su dimensión revolucionaria (materialista) —el placer—, como desde el de la *terapia*, al sugerir una falsa esperanza de felicidad individual. Los dardos más afilados de la polémica los lanza Adorno contra el psicoanálisis considerado como terapia. Sus objetivos terapéuticos resultan completamente triviales, sobre todo en el revisionismo. La psicología profunda se hace cómplice de la pérdida de experiencia y del bloqueo del auténtico autoconocimiento que las nuevas formas sociales de existencia imponen a los individuos, transformando los dolorosos enigmas de la historia individual en convenciones corrientes.⁵ El intento de resolver terapéuticamente las patologías que pesan sobre los individuos, más que posibilitar una autorreflexión dolorosa, convierte a la psicología profunda en un medio para apuntalar la alienación burguesa en su última fase y frustrar el barruntamiento de la viejísima herida en el que anida la esperanza de una realidad mejor en el futuro.

La crítica adorniana del revisionismo defiende el verdadero contenido histórico de la teoría freudiana precisamente en aquello que los revisionistas ven como una desfiguración y reducción, pero que en realidad es el reflejo de la subjetividad socialmente dañada. Por el contrario, el concepto de carácter de los revisionistas afirma una posibilidad de vida íntegra bajo las condiciones sociales actualmente existentes, lo que evidencia su precipitada tendencia a la reconciliación. Asimismo, la “desexualización” de la teoría psicoanalítica supone la pérdida de una dimensión profunda en la que Freud había investigado tanto la forma en que la sociedad se apodera del sujeto, como los mecanismos de su deformación. Por último, el intento de recuperar la relación entre individuo y sociedad sustituyendo la dinámica

⁴Th. W. Adorno: *Minima moralia*, en: *Gesammelte Schriften*. 20 tomos, ed. por R. Tiedemann con la colaboración de G. Adorno, S. Buck-Morss y K. Schulz. Frankfurt a.M.: Suhrkamp 1970-1986 (cit. *GS*), Tomo 4, p. 65.

⁵E. Goebel señala los límites de una crítica total de la dimensión terapéutica del psicoanálisis en su artículo «Das irre Ganze und der Glücksanspruch des Einzelnen. Adorno und die Psychoanalyse», en: W. Ette, G. Figal, R. Klein y G. Peters (eds.): *Adorno im Widerstreit. Zur Präsenz seines Denkens*. München: Karl Albert 2004, p. 483ss. Pero lo que Adorno rechaza es la ilusión de una subjetividad lograda en medio de una sociedad antagonista y no la necesidad de aliviar los sufrimientos psíquicos que imposibilitan la vida individual. Como acertó a percibir en los años cuarenta en EE.UU., es la conversión del psicoanálisis y de la psicología clínica en general por parte la industria cultural en una nueva ideología del capitalismo tardío lo que debe ser criticado. Cf. E. Zaretsky: «Die Psychoanalyse und der Geist des Kapitalismus», en: *Merkur* 60 (2006) 3, p. 207ss.

libidinal por la teoría del contexto relacional representa en realidad una recaída en el individualismo ingenuo. Las contradicciones se encuentran en la sociedad y es la realidad la que está escindida. Para Adorno, la grandeza de Freud consiste en no eliminar dichas contradicciones y en señalar el peligro de regresión donde la conciencia ingenua sólo percibe progreso humano. En conclusión: ni la sociologización del psicoanálisis, ni la psicologización de la sociedad son aceptables. Y, en todo caso, vale la prioridad de la sociedad frente al individuo o, trasladado a la esfera del conocimiento, de la sociología y la economía frente a la psicología.⁶

1. *La prioridad de la sociedad antagonista*

*El sacrificio que exige la sociedad es tan universal, que de hecho sólo se manifiesta en la sociedad como un todo y no en el individuo.*⁷

La autoconservación de todos y cada uno de los individuos está mediada por el conjunto de la sociedad. La práctica totalidad de los individuos depende de la organización social que les precede, pues sólo a través de la división del trabajo y los mecanismos que regulan la producción y la distribución de bienes y servicios pueden garantizar su supervivencia. Lo que le confiere a la sociedad un carácter de totalidad (negativa) es que la organización social que a todos abarca y comprende está caracterizada por el antagonismo. La forma en que la sociedad está organizada, supuestamente orientada a garantizar la autoconservación de sus miembros, genera y reproduce relaciones de dominación de unos individuos sobre otros que no pueden ser atribuidas sin más a la necesaria división del trabajo.

La finalidad última de la organización social, es decir, garantizar que las necesidades de sus miembros encuentren satisfacción y quede eliminado el sufrimiento evitable⁸, se ve frustrada a causa de las relaciones de dominación que producen una inversión en la relación entre la autoconservación de todos los individuos y la organización social. Ésta ya no es un medio para alcanzar aquella, sino que la propia autoconservación mediada por las relaciones sociales de dominación, fundamentalmente económica, se convierte en un medio de la producción de beneficios.⁹ Lo natural es trabajar para cubrir las necesidades, pero el capitalismo invierte esa relación. Exige el aplazamiento de la satisfacción inmediata de las necesidades con la finalidad de incrementar el capital. Paradójicamente, de esta manera, los individuos quedan reducidos a mera lucha por la autoconservación y se ve frustrada la autonomía que les permitiría perseguir finalidades más allá de ella, posibles sólo cuando la organización social realmente persigue la autoconservación de todos sus miembros convertida en su finalidad efectiva.

Esta inversión¹⁰ es la que, como viera Marx y Adorno con él, se expresa en el

⁶Th. W. Adorno: «Postscriptum», en: *GS* 8, p. 86. Cf. R. Reiche: «Adorno und die Psychoanalyse», en: A. Gruschka / U. Oevermann (eds.): *Die Lebendigkeit der Kritischen Gesellschaftstheorie*. Wetzlar: Büchse der Pandora 2004, p. 235ss.

⁷Th. W. Adorno: *Minima moralia*, en: *GS* 4, p. 66.

⁸Cf. Th. W. Adorno: *Negative Dialektik*, en: *GS* 6, 203.

⁹Cf. Th. W. Adorno: «Spätkapitalismus oder Industriegesellschaft?», en: *GS* 8, p. 361.

¹⁰Cf. Th. W. Adorno: *Drei Studien zu Hegel*, en: *GS* 5, p. 274.

concepto de “capital”, sujeto desubjetivado del proceso social. El proceso social es dirigido por una especie de mecanismo, la reproducción ampliada del capital, que arrastra consigo a los individuos reducidos a meros productores o consumidores. Para Adorno no cabe duda de que la objetividad social en cuanto totalidad antagonista constituye una unidad real que a todos abarca. La inversión que la constituye significa sobre todo hipostatización, cosificación autonomizada frente a los individuos. La forma de reproducción del capital es verdaderamente un mundo invertido en el sentido de que, a través de las acciones que aseguran su reproducción y en ellas, se independiza respecto a los individuos que las ejercen, desarrolla una dinámica propia conforme a leyes que funcionan, por así decirlo, a sus espaldas. Esto lo afirman tanto Marx como Adorno no sin ironía, pues su concepto de sociedad pretende ante todo realizar una crítica de esta autonomización de la síntesis social, que es al mismo tiempo construcción ideológica y expresión de la forma específica de desarrollo económico capitalista.

Este doble carácter procede del hecho de que los individuos son sujetos y objetos al mismo tiempo. El sistema se constituye gracias a sus acciones, es su resultado, su “naturalidad” es “pseudo naturalidad” (*Naturwüchsigkeit*), pero como tal aparece enfrentado a ellos siguiendo una dinámica que les arroja y les convierte en meros ejecutores y apéndices de la objetividad que han producido.¹¹ La ideología neoliberal simplemente eleva a norma esta cosificación independizada exigiendo un sometimiento a las “leyes” del mercado, ya de por sí coactivamente impuesto por la propia dinámica económica. Pero si un chato positivismo absolutiza esta objetividad cosificada omitiendo su génesis, la sociología de la (inter)acción absolutiza la apariencia de unos individuos atomizados, cuya constitución como verdaderos sujetos se ve impedida por la organización social existente, es decir, está todavía pendiente.

La objetividad social autonomizada aparece pues como algo externo y contrapuesto, cuya génesis se ha vuelto opaca, casi impenetrable para unos individuos que no son capaces de desentrañar el proceso de su autonomización, por más que la abstracción real de la suma de valores de cambio no es otra cosa que la cosificación independizada del conjunto de su trabajo. Mientras siga vigente la objetividad social autonomizada frente a los individuos, su libertad se verá reducida a plegarse a las leyes del mercado, si no quieren ser penalizados con la ruina económica o la marginalidad social. Esto significa reproducir en la propia acción la inversión en que consiste el capital, es decir, no perseguir la satisfacción de las necesidades como la finalidad de su acción económica, sino convertir dicha satisfacción en instrumento de una acción económica orientada a la maximización del beneficio.

2. *El principio de la dominación: intercambio y capital*

*El dominio universal del valor de
cambio sobre los seres humanos
impide a priori a los sujetos ser tales.*¹²

Esto nos obliga a preguntarnos por el principio que unifica la sociedad antagonista. ¿Dónde está el origen de la inversión que es responsable de la cosificación autonomizada de las relaciones sociales y de la opacidad con que se enmascara? Adorno utiliza dos conceptos, que no son sin más equivalentes, para nombrar el principio unificador de la totalidad

¹¹Cf. Th. W. Adorno: «Einleitung zum “Positivismusstreit in der deutschen Soziologie”», en: *GS* 8, p. 316.

¹²Th. W. Adorno: *Negative Dialektik*, en: *GS* 6, p. 180.

antagonista: el intercambio y la ley del valor.¹³ El segundo nos resulta más o menos familiar. Marx ofrece en su teoría del valor precisamente un análisis de la forma social específica que adquieren los objetos económicos en el marco de la constitución capitalista de la sociedad. Dicha especificidad consiste en que las relaciones sociales son mistificadas como procesos económicos autonomizados, enmascarando el carácter social de una estructura sólo en apariencia puramente económica, pero detrás de la que se esconde el antagonismo social.

Pero además Adorno utiliza repetidamente en sus escritos los términos “intercambio” (*Tausch*), “principio de intercambio” (*Tauschprinzip*), “sociedad del intercambio” (*Tauschgesellschaft*) o “sociedad de las mercancías” (*Warengesellschaft*) para referirse a la forma capitalista de economía. En la ley del intercambio Adorno reconoce la misma “objetividad heterónoma” expresada en el concepto de capital, que se presenta a los individuos bajo la forma de coacción¹⁴. Así pues, el mundo invertido de la objetividad social autonomizada posee su fundamento en la abstracción operada por el intercambio, que «abstrae de la constitución cualitativa de los productores y consumidores, del modo de producción, incluso de las necesidades, que el mecanismo social satisface como de paso, como algo secundario. Lo primero es el beneficio».¹⁵ ¿Existe realmente un vínculo entre la “ley del intercambio” y la inversión que convierte a los sujetos en meros medios de la reproducción del capital?

El principio de intercambio nivela y elimina las espontaneidades y las cualidades singulares de los individuos que constituyen la sociedad y los reduce a un denominador común, exige de modo tendencial una equivalencia que actúa de manera abstracta y universal. Bajo las condiciones del intercambio el trabajo abstracto, es decir, forma históricamente específica de producir mercancías como unidad de valor de uso y valor de cambio, se convierte en la forma social universal de trabajo concreto útil. El trabajo concreto, transformado en el rendimiento medio de la fuerza de trabajo, pasa a ser una abstracción cosificadora de las relaciones humanas, porque las relaciones sociales de las cosas deciden sobre el carácter social universal de los trabajos concretos. Además, la cualidad de las cosas se vuelve apariencia fortuita de su valor de cambio. Los productos del trabajo humano son identificados por medio de magnitudes cuantitativas y todos los productos del trabajo abstracto son idénticos en cuanto personificación del valor de cambio. Según Adorno, esta lógica del intercambio no sólo determina los procesos económicos, sino el conjunto de la vida social; penetra en el conjunto de la realidad social y comporta un dominio de lo universal (sociedad) sobre lo singular (sus miembros), a través del cual termina imponiéndose lo particular en la sociedad antagonista.¹⁶

Por medio de la introducción de la fuerza de trabajo en el proceso de intercambio se perpetúa el dominio de los que buscan el privilegio y se convierten gracias a la división del trabajo en propietarios de los medios productivos. Así es como dicha dominación adquiere el carácter de una universalidad que oculta su verdadera condición particular. La relación de

¹³Cf. Ch. Görg: «Zwischen Tauschgesellschaft und Wertgesetz Adornos Gesellschaftskritik und die heutige Globalisierungsdiskussion», en: J. Becker/H. Brakemaier (eds.): *Vereinigung freier Individuen. Kritik der Tauschgesellschaft und gesellschaftliches Gesamtsubjekt bei Theodor W. Adorno*. Hamburgo: VSA 2004, p.249.

¹⁴Cf. Th. W. Adorno: *Negative Dialektik*, en: *GS* 6, p. 172.

¹⁵Th. W. Adorno: «Gesellschaft», en: *GS* 8, p. 13; cf. «Spätkapitalismus oder Industriegesellschaft?»: *GS* 8, p. 365 y «Soziologie und empirische Forschung», en: *GS* 8, p. 209.

¹⁶Th. W. Adorno: «Einleitung zum “Positivismusstreit in der deutschen Soziologie», en: *GS* 8, p. 294.

intercambio posee, según Adorno, un carácter universal, dado que todas las demás formas de relación tienen un rango secundario y están subordinadas al intercambio o asumen funciones compensatorias que refuerzan su superioridad.¹⁷ Pero si bien todo individuo depende para su supervivencia de la participación en la totalidad social que se constituye por medio del intercambio, lo que se realiza a través suyo es el predominio de la totalidad social antagonista sobre las partes.¹⁸ Este carácter tendencialmente totalizador se refleja en la creciente unificación organizativa y tecnológica irracional, unificación tras la que desaparece aquella mediación hasta volverse irreconocible.¹⁹ El despliegue del principio de intercambio capitalista convierte «el mundo entero en lo idéntico, en totalidad».²⁰

Como puede verse, Adorno no designa con el término “intercambio” las acciones de intercambio directo presididas por una reciprocidad no basada en criterios de equivalencia (don, regalo, intercambio representativo, etc.). Tampoco la mera producción y circulación de mercancías en cuanto tal. Resulta difícil imaginarse un tipo de organización de la sociedad que no lleve consigo alguna forma de intercambio. Del mismo modo tampoco es posible pensar una sociedad humana que no produzca más allá de lo que necesita para la mera reproducción de la especie.

Así pues, Adorno no se refiere a cualquier intercambio, sino a *un* concepto del mismo cuyo despliegue «conduce en su consecuencia última a la destrucción de la sociedad».²¹ La cuestión, por tanto, es desentrañar la relación que existe entre este tipo de intercambio, la dominación social y la presión a la expansión imparable que acompaña la reproducción ampliada del capital, pues la coacción consiste en que «toda la vida en la sociedad burguesa consolidada se encuentra bajo el principio de intercambio y al mismo tiempo bajo la necesidad —impuesta a los individuos singulares— de apoderarse de cuanto más sea posible, de la mayor cantidad posible del producto social, en la lucha de todos contra todos».²² Tenemos pues dos elementos cuyo efecto destructor reside en su vinculación: la integración de los individuos en una estructura funcional antagonista y la coacción a la permanente expansión económica.

Si ha de ser posible una reproducción de los miembros de la sociedad de una forma diferente —y ninguna teoría social crítica puede renunciar a esa posibilidad—, entonces ni el antagonismo social puede derivarse necesariamente de la situación de escasez y de lucha contra una naturaleza prepotente, ni el despliegue de las fuerzas productivas puede exigir el antagonismo para tener lugar, ni un crecimiento más allá de lo exclusivamente necesario para la mera reproducción de la especie tiene que desembocar indefectiblemente en una expansión imparable y depredadora. Ciertamente el excedente de producción es condición de posibilidad del intercambio, incluso del intercambio entre comunidades primitivas. Pero, en principio, dicho excedente no tiene que haber sido producido necesariamente bajo la coacción impuesta por relaciones de dominación. En definitiva, la dominación es un hecho histórico cuyo origen es contingente, no responde a una necesidad históricamente absoluta.²³

¹⁷Cf. Th. W. Adorno: *Minima moralia*, en: GS 4, p. 259ss.

¹⁸Cf. Th. W. Adorno: *Drei Studien zu Hegel*, en: GS 5, p. 274.

¹⁹Cf. Th. W. Adorno: «Spätkapitalismus oder Industriegesellschaft?», en: GS 8, p. 369.

²⁰Th. W. Adorno: *Negative Dialektik*, en: GS 6, p. 149.

²¹Th. W. Adorno: *Einleitung in die Soziologie* (1968), ed. por Ch. Götter, en: *Nachgelassene Schriften*, T. 15, Frankfurt a.M.: Suhrkamp 1993, p. 60.

²²Th. W. Adorno: *Zur Lehre von der Geschichte und der Freiheit* (1964/65), ed. por R. Tiedemann, en: *Nachgelassene Schriften*, T. 13, Frankfurt a.M.: Suhrkamp 2001, p. 75.

²³Cf. Th. W. Adorno: *Negative Dialektik*, en: GS 6, p. 317.

No obstante, incluso bajo estos supuestos, el intercambio de excedentes supone, por un lado, que los bienes objeto de intercambio pierden interés en su materialidad cualitativa para quienes los quieren intercambiar y, por otro, que la contraparte se convierte en un medio para el intercambio, es decir, pierde su carácter de finalidad en sí. Intercambiabilidad de las mercancías y abstracción respecto al valor de uso son inseparables. Esta abstracción no es condición suficiente, pero sí necesaria para que sea posible el intercambio a través de formas de equivalencia abstracta con efectos sobre las relaciones entre los sujetos que lo llevan a cabo. El plus de coacción de origen histórico contingente, quizás empíricamente irreconstruible, que significa el comienzo de la explotación, debería haber estado asociado a la apropiación unilateral de los excedentes de producción de la contraparte (robo o guerra) y, quizás asociada a ella, a la consolidación de la producción de un excedente para personas ajenas al propio productor, capaces de ejercer una coacción externa.²⁴ Algo de esa violencia desatada se repite reiteradamente a lo largo de la historia; en el inicio del capitalismo la encontramos en lo que Marx llama la fase de acumulación primitiva del capital.

De este modo se puede ver que la distinción entre valor de uso (materialidad cualitativa) y valor de cambio, así como entre un plus de producción libremente realizado y un plus de producción coactivamente impuesto bajo relaciones de dominación, resulta imprescindible para explicar la razón por la que el valor de cambio (y su multiplicación) se convierte en la finalidad de la producción autonomizada frente a los individuos sociales, un tipo de producción que exige relaciones sociales de dominación para poder tener lugar. La producción se vuelve un fin en sí, en producción para la obtención de beneficio, que no nace sin más del puro intercambio, pero sí del intercambio mediado por el objetivo de multiplicar el valor abstracto, cuya apropiación va unida a estructuras de dominación generadas históricamente. Lo que Adorno afirma en la estela de Marx es que, en el proceso social de reproducción mediado a través del capital total, la producción para la obtención de beneficios lleva a la producción por la producción, a la producción de plusvalía acumulable.

La infinitud de la lógica de la acumulación del capital, de la multiplicación del dinero, no se detiene ante límite natural o humano alguno. Sólo reconoce como meta el incremento de un *quantum* abstracto. Y para esta abstracción todas las singularidades no son más que obstáculos a superar. Tal y como percibió K. Marx, el capital no posee ningún límite interno, no existe un punto de equilibrio y descanso.²⁵ Cada vez está más a la vista, que si no cambia la racionalidad económica del crecimiento por el crecimiento ese final sólo puede alcanzarse por medio de una catástrofe humana o ecológica. «La relación entre vida y producción que degrada aquélla de modo real a un fenómeno efímero de ésta es consumadamente absurda. Medio y fin son confundidos».²⁶ Y cuando los sujetos son reducidos a medios de la reproducción del capital, no sólo queda arruinada su autonomía, su vida entera pende de dicha reproducción, que es al mismo tiempo la de las relaciones de dominación.

4. *La interiorización de la dominación: carácter autoritario y narcisismo herido*

*Triunfo de la integración,
los seres humanos están identificados*

²⁴Cf. K. Marx: *Das Kapital* I (MEW 23), p. 538.

²⁵«Para el valor coincide multiplicar con conservar y sólo se conserva sobrepasando continuamente su límite cuantitativo, [...]. En cuanto valor [...] es un impulso continuo a ir más allá de su límite cuantitativo; proceso infinito» (K. Marx: *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*. Berlín: Dietz 1974, p. 936).

²⁶Th. W. Adorno: *Minima moralia*, en: *GS* 4, p. 13.

*hasta en sus más íntimas formas de comportamiento con lo que les ocurre*²⁷

La conciencia de clase no es otra cosa que la conciencia del proceso de reproducción del capital a través del antagonismo social. Frente a formas de coacción propias de relaciones de dominación directa, lo específico de la sociedad burguesa es que la coacción está mediada por el sistema económico. La forma propia de dominación capitalista hace que el antagonismo de clases esté sustraído a la experiencia ordinaria en relación con la superficie del acontecer social, sólo es accesible a la reflexión. La conciencia de clase cuenta pues con dificultades añadidas, pero no es imposible. Sin embargo, el curso de los acontecimientos en el siglo XX obligará a la teoría social vinculada de alguna manera al pensamiento de Marx a tener que dar cuenta no sólo de las formas de dominación social y de su génesis, sino también de los mecanismos que impiden a los sometidos la reflexión sobre dicha dominación o, lo que es lo mismo, tiene que analizar qué es lo que destruye las condiciones subjetivas de una sociedad libre.²⁸

Una de las diferencias más importantes de la Teoría Crítica respecto a la teoría de Marx quizás sea la consideración de la mediación psíquica de la dominación social como un elemento constitutivo de la teoría de la sociedad. La interiorización de la dominación social incapacita a los individuos para conocer las condiciones sociales de su reproducción individual mediada por el proceso de reproducción del capital. La constatación de Adorno prácticamente al final de su vida es contundente y, en cierto modo, desmoralizante: «Sin que las masas, precisamente a causa de su integración social, dispongan más de su destino que hace 120 años, se desentienden no sólo de la solidaridad de clase, sino de la plena conciencia de que son objetos y no sujetos del proceso social que a pesar de todo como sujetos mantienen en marcha.»²⁹

No cabe duda que un factor fundamental de integración en el capitalismo tardío es la industria cultural, generada por ese proceso de reproducción del capital.³⁰ A través de ella, el aparato productivo interviene en la configuración de las necesidades, estructura la conciencia y coloniza la fantasía, haciendo casi imposible un pensamiento autónomo. De esta manera, lo que hace la industria cultural es reforzar la integración de los individuos contribuyendo a que reconozcan y acepten su insignificante valor y su intercambiabilidad, es decir, que se han vuelto prescindibles como individuos singulares y autónomos en el capitalismo tardío. Lo que le sucede a la cultura bajo el imperativo del principio de intercambio capitalista, la denigración de su valor de uso a medio de entretenimiento y distracción, tiene por tanto un carácter ejemplar para el conjunto de la sociedad: su tendencia al conformismo, a la trivialización y a la estandarización está en conformidad con el proceso histórico de “desaparición del individuo” en cuanto signatura de toda una época.

«Los seres humanos adoptan una actitud afirmativa respecto a la cultura de masas, porque saben o presienten que en ella les son enseñadas las *mores* de las que tienen necesidad como salvoconducto en la vida monopolizada. Dicho salvoconducto sólo tiene validez cuanto está pagado con sangre, con la cesión de toda la vida, con la obediencia apasionada frente a la odiada coacción. Por esa razón y no por la

²⁷Th. W. Adorno: «Gesellschaft», en: *GS* 8, p. 18.

²⁸D. Claussen: «Konformistische Identität. Zur Rolle der Sozialpsychologie in der Kritischen Theorie», en: G. Schweppenhäuser (ed.): *Soziologie im Spätkapitalismus. Zur Gesellschaftstheorie Theodor W. Adornos*. Darmstadt: WBG 1995, p. 29.

²⁹Th. W. Adorno: «Spätkapitalismus oder Industriegesellschaft?», en: *GS* 8, p. 358.

³⁰Cf. Th. W. Adorno: «Gesellschaft», en: *GS* 8, p. 17.

“idiotización” de las masas, que llevan a cabo sus enemigos y denuncian sus amigos, resulta la cultura de masas tan irresistible.»³¹

La interiorización de la dominación social, que se manifiesta en la identificación con el colectivo social, se presenta en los individuos en forma de conflicto psíquico. El análisis de los mecanismos y esquemas que intervienen a la hora de afrontar ese conflicto y los efectos que tienen sobre el conocimiento y la voluntad de los individuos bajo las actuales condiciones de socialización constituyen, según Adorno, el objeto de una sociología experimentada desde el punto de vista psicoanalítico.³² Fundamentalmente estos son el “carácter autoritario” y el “narcisismo herido”. Ambos suponen una interiorización de la dominación y un deterioro de la capacidad de reflexión objetiva sobre las propias condiciones sociales de vida.

Aquello que define a un individuo y lo diferencia del resto es su carácter. En la constitución del yo no sólo intervienen los conflictos entre los impulsos libidinosos y los procesos de represión de los mismos, sino que también confluyen en él las tensiones de la realidad social antagonista. Ésta daña y lesiona el carácter indefectiblemente. Si a algo se parece éste, dice Adorno, es a «un sistema de cicatrices, que sólo son integradas bajo sufrimientos y nunca del todo».³³ Lo cual no impide que la estructura psíquica designada con el concepto de carácter suponga una estabilidad y una cierta rigidez que afecta tanto a las ideas como a las acciones de su portador.

El interés por la autonomía y la posibilidad de afirmación de sí mismo que representa el yo se encuentran en conflicto directo con las exigencias sociales de adaptación, que es el precio para asegurar la autoconservación. Si no quiere ser expulsado del engranaje social, el individuo tiene que acatar las reglas de juego que dicta la situación dominante, pero las exigencias que se derivan de este acatamiento van asociadas a renunciaciones que no son razonables a primera vista. Ante esto caben dos posibilidades: enfrentarse de modo consciente a la represión social poniendo en peligro la autoconservación o poner en marcha maniobras de suavización y pacificación que impidan tener que soportar grandes mermas de la autoestima o eviten poner en peligro la propia supervivencia. Adorno considera que esta segunda forma es la predominante.

Una manifestación de esta manera de “resolver” el conflicto es el carácter autoritario. Su núcleo no es otro que la ambivalencia entre sometimiento y rebelión coagulada en el psiquismo de los que se aferran al orden existente. Dicho carácter les permite dar una salida al conflicto interior identificándose con el dominio encarnado en una figura personal y proyectando la agresión contra grupos identificados como más débiles. Partiendo del análisis freudiano, es posible explicar por qué el carácter autoritario tiene que dirigir la agresión contra grupos considerados extraños. Su debilidad le impide dirigirla contra las autoridades del propio grupo. El conflicto intrapsíquico se proyecta sobre la relación entre el propio grupo y los grupos declarados ajenos, lo que permite la descarga de la agresividad y la identificación con la autoridad. El resultado es una paradójica “rebelión conformista”: una especie de combinación entre el placer de obedecer y la agresión contra los indefensos.

También encontramos la misma necesidad de identificación con la autoridad o con el

³¹Th. W. Adorno: «Das Schema der Kulturindustrie», en: *GS* 3, p. 331.

³²Th. W. Adorno: «Aberglaube aus zweiter Hand», en: *GS* 8, p. 147. Evidentemente esto supone la posibilidad de conflictos estructuralmente idénticos en individuos diferentes. Para que sea plausible esta identidad estructural es necesario referirse a la constitución preindividual e indiferenciada del inconsciente y, al mismo tiempo, presuponer la existencia de conflictos típicos entre las agencias socializadoras y los individuos en su fase de evolución temprana.

³³Th. W. Adorno: «Die revidierte Psychoanalyse», en: *GS* 8, p. 24.

colectivo en el “narcisismo herido”, que no es simplemente una figura históricamente posterior al carácter autoritario. Su clave está en el conflicto entre la necesidad de una ocupación libidinal de la propia persona y el agravio permanente que las condiciones sociales para asegurar la autoconservación infringen a los individuos. Dichas condiciones son percibidas como ajenas, extrañas o destinales y, al mismo tiempo, como precarias, cuando no asociadas a insuficiencias de los propios sujetos amenazados, pero raramente identificadas como resultado de coacciones sistémicas. Si las exigencias de autoconservación reclaman una ocupación libidinal adicional de la propia persona (narcisismo), la incapacidad de controlar las condiciones de existencia provocan un agravio permanente que abre y reabre la herida narcisista: «El yo experimenta [...] su impotencia real como agravio narcisista.»³⁴ La solución a este conflicto se produce a través de la colectivización del yo gracias a la identificación compartida. El narcisismo dañado encuentra cumplimiento en el narcisismo colectivo.

«Las personas a las que se dirige [el caudillo] generalmente experimentan el conflicto moderno entre la instancia del yo organizada de manera racional y orientada a la supervivencia y la incapacidad continuada de satisfacer las demandas del propio yo»³⁵

Es necesario subrayar que estamos ante un conflicto estructural y duradero, característico del modo de producción capitalista. La solución de la herida narcisista en el narcisismo colectivo viene exigida, en cierto modo, por el sistema. La ofuscación que le es propia consiste en contribuir a que los sujetos interpreten su debilidad como fuerza (del colectivo), lo que no hace más que aumentar su debilidad.

Todos los intentos de ajuste entre las tendencias internas y las exigencias sociales se producen siempre en constelaciones conflictivas y están enredados en contradicciones. Pero dichas constelaciones tienen una signatura histórica. La evolución de la sociedad capitalista hacia formas monopolistas de economía y burocráticas de organización social llevan consigo un debilitamiento de la figura paterna que presidía la pequeña familia patriarcal y sobre la que pivotaba hasta ahora el mecanismo de identificación en la socialización temprana. La consecuencia de este cambio, sobre el que se centran las primeras investigaciones psicosociales de la Teoría Crítica, es la no interiorización del super-yo, que permanece exterior al individuo. En la actualidad la sociedad se presenta como el super-yo.

Las exigencias provenientes del exterior se han vuelto tan masivas y el individuo tan débil frente a ellas, que las renuncias que le imponen no pueden ser internalizadas y convertidas en elementos de la propia conciencia, pero tampoco puede el yo identificarse con ellas. Dominado por el temor más o menos consciente tanto a los reveses sociales como a las privaciones psíquicas, termina renunciando a toda protesta contra las exigencias sociales en muchos casos carentes de sentido.

«La adaptación a las situaciones y los procesos sociales en que consiste la historia y sin la que les hubiera sido muy difícil a los seres humanos seguir existiendo, se ha sedimentado en ellos de tal manera, que disminuye la posibilidad de escapar, aunque sólo sea en la conciencia, sin conflictos pulsionales insoportables. [...] El proceso vive de que los seres humanos deben su vida también a aquello que les es infligido. [...] Si en otro tiempo las ideologías actuaban como cemento de unión, éste se ha deslizado hacia la prepotente situación existente en cuanto tal, por un lado, y hacia la constitución psicológica de los seres humanos, por otro.»³⁶

Debido a esta polarización, la adaptación ya no está mediada por la constitución de una instancia propia, que si bien interioriza las pretensiones provenientes de la sociedad,

³⁴Th. W. Adorno: «Zum Verhältnis von Soziologie und Psychologie», en: *GS* 8, p. 72.

³⁵Th. W. Adorno: «Freudian Theory and the Pattern of Fascist Propaganda», en: *GS* 8, 419.

³⁶Th. W. Adorno: «Gesellschaft», en: *GS* 8, p. 18.

también permite un distanciamiento reflexivo frente a ellas. Por eso la adaptación que realiza el yo permanece externa a él y queda quebrada su resistencia frente a dichas exigencias.

Con esta última consideración podría parecer que Adorno critica una falta de equilibrio entre las distintas instancias —ello, yo y super-yo— y sus pretensiones y la incapacidad de mediación y sublimación, es decir, de desplazamiento o ‘ennoblecimiento’ de los impulsos libidinales, tal como plantea Freud. Con ello estaría asumiendo como ideal un ‘yo integrado’ que tiene su base en la solución exitosa del complejo de Edipo, es decir, en la internalización del super-yo que da origen a la conciencia y a los sentimientos de culpa, pero que promete una regulación autónoma. Sin embargo, Adorno dista mucho de ver como un ideal el yo integrado en el sentido freudiano:

«La meta de la ‘personalidad bien integrada’ es rechazable, porque le exige al individuo aquel balance de fuerzas que no existe ni debería existir en la sociedad establecida, dado que dichas fuerzas no poseen el mismo derecho. [...] Su integración sería una falsa reconciliación con el mundo irreconciliado, y acabaría probablemente en la ‘identificación con el agresor’, pura máscara del sometimiento. [...] La persona ‘auténtica’ en el sentido del planteamiento de Freud, esto es, la no desfigurada por represiones, sería en la sociedad adquisitiva existente casi idéntica a la fiera con saludable apetito, y con ello habríamos dado en el clavo de la utopía abstracta de un sujeto realizado independientemente de la sociedad.»³⁷

El modelo freudiano de explicación de la constitución del yo adquiere bajo la perspectiva de la Teoría Crítica un carácter histórico social. El ideal de Freud no es sólo la persona consciente que a través de un proceso doloroso no exento de represiones se convierte en dueño del ello. También es el *varón* creador de cultura, negador de los impulsos libidinales, desligado de los vínculos (con la madre) y sublimador. El super-yo, que es interiorizado y entroncado a través de ese proceso y gracias a esa relación con la autoridad, en el sentido de volcar hacia dentro la agresión de carácter masoquista, juega un papel fundamental en el desarrollo del yo. Éste resulta tan contradictorio y ambivalente como la subjetividad burguesa en cuanto tal, pues es portador de una dimensión represiva y otra emancipadora. El proceso de la interiorización del super-yo y de la identificación con el padre es para cada sujeto un proceso de sufrimiento que genera el yo, pero que también lo endurece y conforma sado-masoquistamente: el sujeto se convierte en su propia instancia disciplinadora.

Este sujeto masculino, en cuanto sujeto patriarcal volcado a la consecución de objetivos y portador de la barbarie, se encuentra en el centro de la crítica de Adorno: la autonomía en su forma burguesa sólo es pensable al precio del distanciamiento y el dominio frente a la naturaleza propia y exterior, así como frente a otros sujetos. Incluso los objetivos eróticos, las necesidades pulsionales del Eros, están fundidos con la violencia, el sometimiento y las fantasías de poder referidas al propio yo y a los otros. Los elementos sado-masoquistas son parte de la interiorización psicosocial de la autoridad y la violencia represivas, de la conformación histórica del yo y la conciencia, y pertenecen al proceso de constitución de la autonomía y el sujeto burgueses.

Pero en la posibilidad de fracaso de la integración de las instancias que intervienen en la constitución del individuo Freud conserva la conciencia de la ambigüedad del proceso de dicha constitución. Basta que se produzca una carencia amorosa importante para que desaparezca la tensión entre el yo y el super-yo, con lo que este último no puede ser entroncado en el sujeto como instancia moral propia, permanece extraño al yo y provoca que las agresiones que nacen en él o que experimenta posteriormente sean proyectadas directamente hacia fuera. Además, cuando la renuncia libidinal extrema no es compensada

³⁷Th. W. Adorno: «Zum Verhältnis von Soziologie und Psychologie», en: *GS* 8, p. 65ss.

por el amor, las necesidades (objetual-)libidinosas son proyectadas de nuevo sobre el yo y reconvertidas en una desmesurada libido narcisista.

«La debilidad del yo hoy, que no es simplemente psicológica, sino en la que el mecanismo psíquico registra la impotencia real del individuo frente al aparato socializador, estaría expuesta a una dosis insoportable de agravio narcisista, si no se buscara una compensación a través de la identificación con el poder y la grandeza del colectivo.»³⁸

Por otro lado, si fracasa la identificación con la autoridad, ésta permanece exterior al sujeto y la conciencia y las decisiones morales tienen que seguir siendo dependientes de autoridades externas. Se produce un antagonismo insostenible entre el apetito narcisista orientado hacia la omnipotencia deseada en los orígenes y la experiencia continuada de pequeñez y limitación que desmiente dicha orientación. Este antagonismo está en la base de los intentos de engrandecer narcisistamente al yo por medio de la identificación con el colectivo o por las fantasías de omnipotencia.

Lo importante desde el punto de vista de Adorno es no convertir estas tensiones que forman parte constitutiva de la génesis del sujeto en invariantes psíquicas o en «determinaciones antropológicas».³⁹ Hay que tener en cuenta que las condiciones sociales e históricas alteran el acceso del yo a la satisfacción de los impulsos, a una sublimación no represiva, a una fortaleza del yo sin acorazamiento bajo el principio de la autoconservación y a una socialización solidaria sin represión adicional. En este sentido es en el que la situación de los individuos en el capitalismo tardío, situación responsable de un especial debilitamiento de los seres humanos y de su subjetividad, produce nuevas formas agudizadas de empobrecimiento y regresión psicosociales. Aquellas condiciones que confieren al individuo fuerza frente a la sociedad han sido prácticamente eliminadas. Las formas mediadas de subjetividad, de capacidad de experiencia y disfrute, la relevancia de la sublimación y la necesidad de ella, etc. son sustituidas cada vez más por la intervención directa de la sociedad en la economía pulsional de los seres humanos. El sujeto del siglo XX pierde su autonomía, su fuerza moral y espiritual, la experiencia marcadamente placentera y su capacidad de resistencia frente a la presión social a la adaptación.

Cuando el yo es demasiado débil para desarrollar la capacidad de integrar los deseos pulsionales, que a menudo actúan de forma avasalladora, las rígidas pretensiones del super-yo y las exigencias de la realidad, los conflictos internos no pueden ser resueltos y llevan a reacciones angustiosas y oprimentes. Los individuos se convierten en el curso de la fracasada ontogénesis de su proceso de socialización en «cautivos de su propio yo debilitado».⁴⁰ La adaptación al poder o las convenciones y la identificación con la dureza, el dinero, el rendimiento o el poder, que en realidad son imposiciones de la sociedad, se convierten en determinantes del yo debilitado, que proyecta su odio hacia todos los que real o supuestamente se sustraen a esas imposiciones. Incapacitado para establecer un sistema autónomo de valores morales consistente y duradero, se ve obligado a acogerse a poderes sociales más poderosos, de los que hace depender sus decisiones morales.

Puesto que la rabia que produce el tener que someterse a los poderes sociales opresores no puede dirigirse contra ellos, el yo debilitado acaba desviándolos contra sí mismo o proyectándolos hacia algo exterior más débil. Bajo estas condiciones es como si la

³⁸Th. W. Adorno: «Meinung Wahn Gesellschaft», en: *GS* 10, p. 580.

³⁹Th. W. Adorno: «Zum Verhältnis von Soziologie und Psychologie», en: *GS* 8, p. *Op. cit.*, p. 61.

⁴⁰Th. W. Adorno - M. Horkheimer: «Vorurteil und Charakter», en: *GS* 9, p. 369.

economía libidinal exigiese un chivo expiatorio.⁴¹ Estamos ante un carácter dependiente y no integrado que reacciona «hacia los más fuertes con sumisión y hacia los más débiles con desprecio».⁴² Aquí se encuentra el origen del pensamiento estereotipado característico:

«Se puede suponer que las personas en las sociedades modernas —incluso por lo demás ‘inteligentes’ o ‘informadas’— recurren a explicaciones primitivas y simplificadoras de los acontecimientos humanos porque muchos de los pensamientos y observaciones necesarios para una adecuada interpretación no son aceptados, puesto que están cargados afectivamente y producen ansiedad; el yo débil no está en condiciones de asumirlos en sus esquemas de pensamiento.»⁴³

Esta limitación esquemática de la percepción y la conciencia va frecuentemente unida al mecanismo de la proyección que está en la base de los prejuicios. Sobre otras personas o sobre grupos identificados son proyectados los propios deseos reprimidos, las debilidades inaceptadas y los aspectos desagradables de sí mismo. Esto puede dar paso a la agresión si ésta cuenta con cierta sanción social o es respaldada por el poder, lo que dado el caso permite una revalorización del yo débil a través de una gratificación narcisista por identificación con el propio colectivo y devaluación del grupo ajeno y, además, una descarga desbocada de las agresiones destructivas. El yo débil no es capaz de percibir el mundo en una forma que haga justicia a su complejidad y al carácter anónimo de sus estructuras, porque esa forma hiere el narcisismo individual y colectivo. Esto lleva a una personalización de las transformaciones que sufre el mundo económico, en realidad determinadas de modo abstracto.

5. La posibilidad de la crítica: giro hacia el sujeto

*La tarea casi insoluble consiste en no dejarse confundir ni por el poder de los otros ni por la propia impotencia.*⁴⁴

Después de este recorrido a través de los argumentos adornianos dirigidos a desentrañar el enigma de la docilidad, podemos tener la sensación de encontrarnos en una situación ciertamente aporética. El diagnóstico de la situación parece constatar la imposibilidad de aquello que sería necesario para la emancipación: una conciencia adecuada de la realidad, es decir, de la dominación persistente, y la voluntad y la energía necesarias para llevar a cabo una transformación radical de la forma de producción capitalista.

«Serían necesarios los seres humanos vivos para cambiar la situación petrificada, pero esa se ha introducido tan profundamente en los seres humanos vivos, al precio de su vida y su individuación, que ya casi no parecen capaces de aquella espontaneidad de la que todo depende.»⁴⁵

¿Cómo seguir apostando por el sujeto autónomo, tal como no dejó de hacerlo Adorno? ¿Cómo seguir defendiendo no sólo la necesidad, sino también la posibilidad de una transformación radical de la sociedad? Está fuera de toda duda que la afirmación de que en el proceso de desarrollo capitalista todas las relaciones y necesidades humanas —y por tanto

⁴¹Cfr. Th. W. Adorno: *Studies in the Authoritarian Personality*, en: *GS 9*, p. 200.

⁴²R. Wiggershaus: *Die Frankfurter Schule. Geschichte, Theoretische Entwicklung, Politische Bedeutung*, München: dtv 1989, p. 175.

⁴³Th. W. Adorno: *Studies in the Authoritarian Personality*, en: *GS 9*, p. 204.

⁴⁴Th. W. Adorno: *Minima Moralia*, en: *GS 4*, 62.

⁴⁵Th. W. Adorno: «Gesellschaft», en: *GS 8*, p. 18.

toda la estructura psíquica— adquieren forma mercantil no apagó nunca en Adorno el pensamiento de que sería posible *algo distinto*. Pero si el diagnóstico es correcto, eso otro exige la negación de la fórmula “dinero-mercancía-más dinero”. La toma de partido por el sujeto es inseparable del esfuerzo por pensar un desarrollo humano y unas relaciones humanas más allá de la forma mercantil de la circulación ampliada del capital. Sin embargo, los seres humanos hoy están mucho más dominados que en fases anteriores por el convencimiento intuitivo de que no puede haber *nada distinto* a la forma de producción capitalista. La sociedad productora de mercancías es tan absolutamente evidente y carente de alternativas que se ha vuelto “naturaleza segunda”.

Adorno entiende que ya el diagnóstico es una forma de romper el círculo.⁴⁶ Éste no está cerrado completamente, pues eso significaría que el diagnóstico mismo sería imposible. En este sentido, se puede afirmar que la posibilidad de cambiar el mundo no ha desaparecido, aunque hayan cambiado las condiciones de dicha posibilidad y lo hayan hecho en una forma que ensombrece su horizonte próximo. No hay signos que apunten hacia la constitución de un sujeto mundial emancipado. Lo cual no imposibilita toda forma de acción. Tan sólo le exige un nivel de reflexividad que se haga cargo de dicho ensombrecimiento.

Seguir pensando la posibilidad de principio de un giro hacia el sujeto ha llevado a tres figuras argumentativas fundamentales de hacerse cargo de la llamada “aporía” del pensamiento adorniano. La primera subraya que el diagnóstico de Adorno se refiere siempre a una tendencia, lo que no sólo deja lugar a la posibilidad del propio diagnóstico, sino también deja abierta la posibilidad de una alternativa.⁴⁷ La segunda apunta a la imposibilidad de principio de una completa integración coactiva. La propia coacción frustra permanentemente su objetivo e instaura la distancia que posibilita la crítica y la acción transformadora, aunque su existencia real no sea garantizable a priori.⁴⁸ La tercera apunta a la doble determinación de la génesis del sujeto. Existe una dimensión del yo que se sustrae a la determinación psicológica, a la que queda restringida el diagnóstico adorniano. Ésta sería relevante en relación a las condiciones empíricas de realización de la emancipación, pero la emancipación misma es un acto de libertad y como tal responde a la determinación racional del yo. Adorno nunca habría renunciado a la distinción entre *génesis* y *validez*.⁴⁹

A estas figuras argumentativas que pretenden asegurar la posibilidad de principio de una conciencia crítica y una praxis emancipadora quizás habría que añadir el esfuerzo de señalar las posibles formas actuales de su realización.⁵⁰ Tarea que aquí ha de quedar forzosamente pendiente.

⁴⁶Ibid.

⁴⁷Cf. D. Claussen: *Unterm Konformitätszwang: zum Verhältnis von kritischer Theorie und Psychoanalyse*. Bremen: Wassmann 1988, p. 28ss.

⁴⁸Cf. José A. Zamora: *Theodor W. Adorno: Pensar contra la barbarie*. Madrid: Trotta 2004, p. 209ss.

⁴⁹Cf. J. Weyand: *Adornos Kritische Theorie des Subjekts*. Lüneburg: zu Klampen 2001, p. 147ss.

⁵⁰Cf. J. Becker/H. Brakemaier (eds.): *Vereinigung freier Individuen. Kritik der Tauschgesellschaft und gesellschaftliches Gesamtsubjekt bei Theodor W. Adorno*. Hamburgo: VSA 2004.